

Una perspectiva transnacional y de género para una nueva lectura del periódico anarquista *La Antorcha* (Buenos Aires, 1921-1932): diálogos con Bolivia y *Nuestra Tribuna* (Necochea, 1922-1925)

A Transnational and Gender Perspective for a New Reading of the Anarchist Newspaper *La Antorcha* (Buenos Aires, 1921-1932): Dialogues with Bolivia and *Nuestra Tribuna* (Necochea, 1922-1925)

Ivanna Margarucci*

Universidad de Tarapacá. Arica, Chile

ivannamargarucci@gmail.com

ORCID: 0000-0003-0533-3990

Laura Fernández Cordero

CeDInCI/CONICET. Buenos Aires, Argentina

lfernandezcordero.cedinci@gmail.com

ORCID: 0000-0002-0253-5549

Citar como: Margarucci, I. y Fernández Cordero, L. (2026). Una perspectiva transnacional y de género para una nueva lectura del periódico anarquista *La Antorcha* (Buenos Aires, 1921-1932): diálogos con Bolivia y *Nuestra Tribuna* (Necochea, 1922-1925). *Desde el Sur*, 18(3), e0060.

RESUMEN

Este artículo examina el periódico anarquista *La Antorcha* (Buenos Aires, 1921-1932) como un objeto de estudio con entidad propia, más allá de su lectura tradicional centrada en su confrontación con *La Protesta*. Su objetivo es analizar sus condiciones de producción, su materialidad y su inserción en redes de publicaciones desde una perspectiva transnacional, multiescalar y de género. Metodológicamente, se recurre a herramientas para el estudio de revistas políticas y culturales, que conciben al periódico como artefacto impreso e instancia de intervención. Los resultados muestran, por un lado, su apropiación por parte del movimiento libertario boliviano como herramienta política y espacio de enunciación y, por otro, sus intercambios con el periódico *Nuestra Tribuna* de Necochea, que complejizan el lugar de las mujeres en la prensa

* Autora corresponsal: Ivanna Margarucci, Universidad de Tarapacá. Arica, Chile. Correo: ivannamargarucci@gmail.com

anarquista. Se concluye que esta aproximación permite ampliar la comprensión de *La Antorcha* como un actor relevante en las redes políticas e intelectuales transnacionales del anarquismo sudamericano.

PALABRAS CLAVE

Anarquismo, prensa periódica, redes culturales, mujeres, historia social

ABSTRACT

This article examines the anarchist newspaper *La Antorcha* (Buenos Aires, 1921-1932) as a subject of study in its own right, moving beyond the traditional focus on its confrontation with *La Protesta*. It aims to analyze the paper's conditions of production, materiality, and integration into publication networks through a transnational, multiscalar, and gender-based perspective. Methodologically, the study employs tools used to analyze political and cultural periodicals, viewing the newspaper as both a printed artifact and a vehicle for intervention. The findings reveal, on the one hand, how the Bolivian libertarian movement adopted the paper as a political tool and a platform for expression and, on the other, how exchanges with the Necochea-based newspaper *Nuestra Tribuna* added complexity to the role of women within the anarchist press. The article concludes that this approach broadens our understanding of *La Antorcha* as a significant actor within the transnational political and intellectual networks of South American anarchism.

KEYWORDS

Anarchism, periodical press, cultural networks, women, social history

Introducción

Puerto de Buenos Aires, febrero de 1885. Desembarca con paso firme el ya célebre anarquista Errico Malatesta. En algunos relatos, su equipaje incluye una pequeña máquina para imprimir esas ideas que lo convirtieron en un perseguido en Europa y que esperaba desperdigar por América. Aun sin comprobar esa imagen romántica, lo cierto es que apenas seis meses después Malatesta ya editaba la versión porteña de *La Questione Sociale* (1885-1886), pioneras hojas libertarias que se sumaron al todavía

incipiente concierto de la prensa anarquista rioplatense. Las historias acerca de la importancia crucial de periódicos y revistas son tan numerosas como los estudios que se les han dedicado; de hecho, en el marco del crecimiento de la producción historiográfica sobre anarquismo (Margarucci y Fernández Cordero, 2024), la dimensión impresa constituye una de las facetas más dinámicas.

El objetivo de este artículo es inscribirse en una línea de trabajos que analiza las publicaciones periódicas del anarquismo desde una perspectiva transnacional de su producción y circulación. Aunque se centra en un caso —el periódico *La Antorcha*, editado en Buenos Aires entre 1921 y 1932—, propone desplegar herramientas metodológicas orientadas a reponer el diálogo de los periódicos y atender a sus condiciones de producción, su materialidad y su inserción en redes de publicaciones. Se nutre, también, de la experiencia en la recuperación y conservación de materiales, tareas que complementan y resignifican la labor de interpretación historiográfica.

La Antorcha fue poco estudiada en su conjunto, más allá de los trabajos de Luciana Anapios (2008, 2011, 2012), centrados en la confrontación ideológica y las derivas violentas del conflicto con el grupo editor de *La Protesta* (1897-2015), el periódico anarquista de Buenos Aires con mayor continuidad y una amplia distribución en Argentina y el continente. Su aporte orientó durante años el abordaje del periódico y, aunque numerosos estudios la han utilizado como fuente, aún no existe un análisis específico dedicado a *La Antorcha*. Más recientemente, esa suerte de espejo respecto de *La Protesta* comenzó a resquebrajarse, lo que dio lugar a nuevos enfoques centrados en la dimensión provincial del antorchismo y sus formas de inserción en el mundo del trabajo y la sociabilidad local (Guzmán, 2021; Mangold, 2024).

En línea con estas aproximaciones, este artículo parte de la constatación de Anapios sobre la relevancia de *La Antorcha* en el anarquismo de los años veinte y, sin pretender saldar el estudio de una publicación tan compleja, propone avanzar sobre otras dimensiones del periódico, desplazando el eje de su tradicional lectura en clave facciosa para visibilizar nuevas aristas.

Para cumplir con ese objetivo, se retoman herramientas metodológicas desarrolladas para el análisis de revistas políticas y culturales (Sarlo, 1989; Delgado *et al.*, 2014; Artundo, 2010; Maíz, 2011; Patiño, 2012; Pita González y Grillo, 2015; Tarcus, 2021; Fernández Cordero *et al.*, 2022), que resultan eficaces para abordar la prensa periódica anarquista. Un punto de partida sencillo pero con importantes consecuencias consiste en

suspender el uso del periódico como «fuente», entendida como un reservorio de donde emanarían los datos necesarios para sostener una interpretación o hipótesis. Este desplazamiento momentáneo invita a explorar el periódico en su conjunto en tanto artefacto compuesto por voces y tiempos diversos, con secciones dinámicas, enunciaciones discursivas específicas, firmas situadas y generizadas y una composición editorial y gráfica significativa. Este enfoque permite ir más allá del análisis exclusivo de la textualidad, al incorporar aquellas dimensiones materiales de la publicación relevantes para este estudio, como sus condiciones de producción, los circuitos de circulación, la conformación del colectivo editor y algunas huellas de recepción (Viu, 2019; Tarcus, 2021; Fernández Cordero *et al.*, 2022).

Esta última premisa será central en el artículo, dado que el anarquismo presenta una dimensión que sus propios protagonistas identificaban como «un concierto» o el ámbito colectivo de la propaganda. Así, el concierto de la prensa anarquista —al menos entre fines del siglo XIX y los años veinte— fue caracterizado como un conjunto prolífico, polifónico, heterogéneo y polémico (Fernández Cordero, 2013). Periódicos y revistas coexistían, y cada redacción saludaba la incorporación de nuevas voces, incluso aunque implicaban confrontaciones, explícitas o veladas. Además, las lecturas (a veces colectivas producto de la desigual alfabetización) se daban en simultáneo, sobre todo en momentos de mayor producción. De modo que, aun cuando un estudio aborde un solo periódico, resulta fundamental atender a la red en la que se inscribe para recuperar información significativa sobre la publicación y el propio movimiento.

Como ya advertimos, este artículo no pretende agotar el estudio en profundidad que *La Antorcha* merece. Por ello, proponemos una primera aproximación que pone en práctica algunas de las herramientas metodológicas mencionadas y así abrir el diálogo de *La Antorcha* con otras experiencias y publicaciones, a partir de dos dimensiones: la escala geográfica y el concepto de género.

La aplicación del giro transnacional ha adquirido en las últimas décadas un lugar central en la ampliación y renovación de los estudios anarquistas, al permitir problematizar los límites del marco nacional en el análisis de fenómenos que, como el anarquismo y sus dispositivos de propaganda —como la prensa—, se constituyen a partir de circulaciones, contactos y mediaciones que lo desbordan (Migueláñez Martínez, 2018; Margarucci, 2020; Margarucci y Fernández Cordero, 2024).

Sin embargo, este enfoque no implica abandonar otras escalas, sino atender al «principio de variación de escala» (Revel, 2015) que el propio

objeto impone (Fernández, 2018). En este sentido, la perspectiva transnacional dialoga con niveles de análisis locales, regionales y nacionales, en un movimiento que busca captar la configuración situada de la praxis y el discurso anarquista. Más que privilegiar una escala geográfica, se trata de seguir las articulaciones y desplazamientos de un fenómeno constitutivamente dinámico y multiescalar.

En cuanto al concepto de género, su conceptualización lleva más de cincuenta años y se caracteriza por una constante autorreflexión. Una de las líneas más fructíferas en la historiografía fue la de la autora estadounidense Joan W. Scott, quien, desde sus primeros trabajos sobre el género como una categoría útil para la disciplina (1986) y su crítica a una agenda centrada exclusivamente en la clase denominada *radical history* (1985), forjó un concepto relacional que no se limita a sustituir el término «mujer», sino que apunta a analizar las estructuras de poder en las que se constituyen histórica y en forma situada las identidades masculinas y femeninas.

Estas orientaciones teóricas y las consiguientes herramientas metodológicas sostienen la hipótesis del presente trabajo según la cual afirmamos que la decisión de suspender la centralidad de Buenos Aires —y de sus publicaciones— en favor de otros espacios geográficos permite reconstruir circuitos de circulación e intervención menos explorados. En este sentido, el caso de *La Antorcha* en Bolivia permite observar cómo, en un contexto signado por la debilidad de la prensa anarquista local, el periódico no solo circuló desde Buenos Aires e incorporó progresivamente noticias sobre este país, sino que, durante los años veinte y al calor de la denuncia, la propaganda, la organización de agrupaciones, la reproducción de manifiestos y la publicación regular de corresponsalías, devino en una herramienta de intervención política y un espacio de enunciación apropiado por el movimiento libertario de La Paz, en un proceso que desborda una lógica unidireccional de difusión de ideas desde un supuesto centro hacia la periferia.

Por su parte, analizar el campo de la propaganda anarquista y sus publicaciones desde una perspectiva de género crítica permite una interpretación más precisa del compromiso de *La Antorcha* con la «emancipación de la mujer», no como una mera obligación doctrinaria, sino a partir de la distribución efectiva de la palabra en el periódico y en el movimiento. En este caso, esta constatación se apoya en la reposición del diálogo con el quincenario *Nuestra Tribuna*, periódico redactado por mujeres anarquistas entre Necochea, Tandil y Buenos Aires de 1922 a 1925.

De este modo, el artículo busca recuperar los diálogos de *La Antorcha*, ya no con su principal contendiente, sino con diversos espacios y actores del anarquismo argentino y sudamericano en la década de 1920.

***La Antorcha* en el concierto de la prensa anarquista**

La escena legendaria de un Malatesta armado con una imprenta viajera es fácil de traducir en datos concretos que evidencian la importancia sustancial de la prensa en la vida anarquista. Esta centralidad es común en las izquierdas de origen europeo y de proyección global que, desde el siglo XVIII, impulsaron la producción y circulación masiva de materiales escritos. En América Latina, y en particular en el Río de la Plata, el anarquismo fue especialmente prolífico desde fines del siglo XIX, no solo por recibir en sus puertos cuantiosos impresos, sino por producir, desde muy temprano, hojas sueltas, folletos, periódicos y libros. Así, según el historiador del anarquismo Gonzalo Zaragoza (1996, p. 116), entre 1897 y 1910 «la Argentina ocupa el primer puesto en cuanto a número de publicaciones anarquistas; en 1896 se editan allí doce de las cuarenta publicaciones anarquistas mundiales conocidas». Por su parte, Juan Suriano (2001, p. 214) registró más de noventa publicaciones anarquistas entre 1879 y 1912 solo en Buenos Aires. Estudios posteriores como el de Lucas Domínguez Rubio (2018) han afinado estas cifras, lo que confirmó el consenso que existe sobre el carácter estructural de la actividad editorial en el anarquismo local.

Al tiempo que importantes trabajos como los de Lily Litvak (1995) para el caso de España daban mayor relevancia a este aspecto del anarquismo, autores locales destacaron que la importancia de la prensa no radica solo en su volumen, sino también en su vínculo con la identidad anarquista (Ferrer, 2004) y con procesos más amplios de modernización, como la expansión de la cultura letrada en ciudades-puerto como Buenos Aires y Rosario (Suriano, 2001; Anapios, 2011). En este vasto escenario, sobresale *La Protesta* que, desde 1897 bajo el título *La Protesta Humana*, atravesó todo el siglo XX (Quesada, 1974; Rey, 2017). Es en relación con ese título que surgió y fue estudiada *La Antorcha*, el periódico que aquí nos proponemos analizar.

El antorchismo emergió en el seno del movimiento anarquista argentino como una corriente disidente inicialmente vinculada al grupo editor de *La Protesta*, en un contexto de tensiones en torno a la conducción del movimiento. A partir de la experiencia del suplemento *La Obra*, un grupo de militantes —entre ellos, Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí— se separó progresivamente, dando lugar a emprendimientos editoriales que culminaron con la aparición de *La Antorcha* en 1921, publicación que

se mantendría hasta 1932 y que se consolidaría como el principal órgano de esta tendencia. Más que una ruptura inmediata, este proceso implicó una redefinición gradual de identidades: el grupo evitó constituirse como facción, al tiempo que cuestionaba la centralización de recursos y decisiones en torno a la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) y a *La Protesta*, su principal, aunque no oficial, órgano de prensa (Anapios, 2008, 2012).

En este marco, *La Antorcha* no solo se constituyó en una de las publicaciones más relevantes del anarquismo de la década de 1920, sino también en el eje articulador de una red de periódicos (como *Ideas* de La Plata [1917-1932] y *Pampa Libre* de General Pico, La Pampa [1922-1930]), agrupaciones y experiencias que dieron forma al antorchismo. Desde sus primeras definiciones políticas hasta los abordajes historiográficos más recientes, esta tendencia fue caracterizada como una disidencia interna y como una corriente con capacidad de despliegue territorial que, mediante giras, conferencias y proyectos culturales, se proyectó más allá de Buenos Aires. En este sentido, el antorchismo expresó una fractura organizativa y, al mismo tiempo, una apuesta por formas de intervención que privilegiaron la descentralización, la ampliación de sus ámbitos de acción y la construcción de redes entre locales y transnacionales¹.

Más allá de los numerosos trabajos, militantes e historiográficos, que se han referido a *La Antorcha* como periódico o tendencia o la han utilizado como fuente —sin convertirla en un objeto de estudio²—, la investigación de largo aliento de Luciana Anapios constituye un punto de partida ineludible, al inscribir su emergencia en los conflictos internos del anarquismo argentino durante el periodo de entreguerras. Sus trabajos han destacado la radicalización de las disputas entre los sectores vinculados a *La Protesta* y los agrupados en torno a *La Antorcha*, e interpretan esta escisión como un elemento central para comprender la dinámica del movimiento libertario en la década de 1920 (Anapios, 2008, 2012). Asimismo, su abordaje de la prensa anarquista como espacio de disputa por la propaganda y el poder dentro del movimiento ha permitido iluminar las tensiones que atravesaron dicho campo (Anapios, 2011). Sin embargo, aun tratándose de un aporte fundamental, el análisis de *La Antorcha*

1 La disponibilidad de la colección completa de *La Antorcha* se debe al trabajo pionero de digitalización, preservación y puesta en acceso abierto realizado por los militantes Chantal López y Omar Cortés (ambos fallecidos), quienes, de manera temprana, rescataron, sistematizaron y difundieron este material a través del sitio www.antorcha.net. Su labor no solo garantizó la conservación de un acervo documental de difícil acceso, sino que además democratizó su consulta, por lo que se convirtió en un aporte fundamental para el estudio del anarquismo rioplatense y de sus redes transnacionales.

2 Una síntesis de estos trabajos puede encontrarse en Guzmán (2021).

aparece mayormente subordinado a su vínculo conflictivo con *La Protesta*, lo que tendió a eclipsar no solo el estudio del periódico como objeto en sí mismo, sino también su proyección más amplia —sindical, cultural y territorial—, dentro y fuera de Argentina.

Esta dimensión es recuperada por María Migueláñez Martínez (2018), quien inscribe al anarquismo argentino un entramado de conexiones, circulaciones y redes transnacionales en el continente durante el período de entreguerras. En este escenario, *La Antorcha* aparece como parte de un universo de intercambios que desbordan las fronteras, donde la circulación de militantes, publicaciones y campañas de propaganda adquiere un rol preponderante dentro del «proyecto continental» del movimiento. Sin embargo, aunque este enfoque permite destacar su proyección internacional, dicha dimensión se aborda principalmente en relación con la transnacionalización de las disputas internas del anarquismo —en tanto parte de la «conquista del espacio internacional» (Migueláñez Martínez, 2018, p. 80)—, en particular la que enfrentó a *La Antorcha* y *La Protesta*. De este modo, el análisis continúa privilegiando la conflictividad facciosa como clave interpretativa, antes que las formas específicas en que el antorchismo se articuló e intervino en distintos ámbitos.

En contraste con estas perspectivas, una serie de trabajos recientes ha comenzado a indagar en la actuación del antorchismo en tales espacios, desplazando el foco desde la disputa facciosa —que no niegan, sino que incorporan— hacia sus formas de inserción local. Como parte de la ampliación de la escala geográfica producida en los últimos años en los estudios anarquistas, que impulsó la emergencia del anarquismo en las provincias como objeto de estudio (Margarucci, 2022a), estas investigaciones destacan la militancia gremial y cultural desarrollada por *La Antorcha* más allá de Buenos Aires, tensionando el centralismo protestista.

En el caso de Daniel Guzmán (2021), el análisis del antorchismo en la capital de la provincia argentina Santiago del Estero muestra el diseño de estrategias —creación de centros, bibliotecas y publicaciones— orientadas a construir presencia dentro del campo anarquista y entre intelectuales y trabajadores, a través de experiencias como las bibliotecas Ameghino y Agustín Álvarez, los grupos Agrupación Comunista Anárquica y Futuro, y la revista homónima.

Por su parte, Florencia Mangold (2024) introduce una clave espacial que complejiza este despliegue urbano al atender al ámbito rural en dos localidades del sudoeste de Santa Fe (Argentina), Las Rosas y Armstrong. En este escenario, durante la segunda mitad de la década de 1920, el antorchismo ensayó formas de solidaridad y activismo gremial adaptadas a territorios marcados por la movilidad laboral y la fragmentación.

En conjunto, estos trabajos —aunque con énfasis y escalas diferentes— permiten desplazar la mirada hacia una comprensión de *La Antorcha* que atiende a su despliegue en espacios diversos y a la articulación entre niveles locales, regionales y transnacionales. Así, no solo amplían el campo de observación más allá de Buenos Aires, sino que también abren nuevas preguntas sobre sus circuitos de circulación e intervención. De este modo, el antorchismo deja de aparecer exclusivamente como una expresión editorial derivada de su confrontación con *La Protesta* para comenzar a ser analizado en función de sus propias dinámicas, estrategias y formas de proyección en distintos contextos, como se examinará a continuación a partir del caso de *La Antorcha* en Bolivia y de sus diálogos con *Nuestra Tribuna* en torno a la emancipación de la mujer.

El presente estudio busca, así, repensar la prensa anarquista como fenómeno regional interconectado, capaz de articular subjetividades políticas, lenguajes de resistencia y solidaridades que trascendieron fronteras nacionales, en sintonía con las discusiones actuales sobre la cultura de lo impreso en América Latina.

Trasponiendo «las más resguardadas fronteras»: *La Antorcha* y el naciente anarquismo boliviano

Nicolás Mantilla Ceballos, sastre e intelectual anarquista y activo militante de las agrupaciones de propaganda de La Paz, sintetizaba hacia 1926, en una corresponsalía en *La Antorcha*, una situación que, lejos de ser anecdótica, definía las condiciones de existencia del anarquismo boliviano durante esta década:

En todo el país no hay una sola hoja anarquista debido a la imposibilidad de hacer cualquier impresión por falta de una imprenta o de algún impresor que se atreva a materializar nuestras ideas, por el temor de un empastelamiento y la cárcel (*La Antorcha*, 3 de diciembre de 1926).

El anarquista italiano afincado entre Argentina y Bolivia, Renato Rocco Giansante, añadía en el mismo periódico: «La falta de medios, la pobreza, el analfabetismo y la persecución, hacen que la propaganda sea limitada y que nuestros esfuerzos resulten muchas veces estériles» (*La Antorcha*, 7 de enero de 1927).

Las citas tienen algo de diagnóstico, pero también de constatación. En ellas se condensan la amenaza de la represión estatal, las condiciones adversas para la publicación de materiales, y, sobre todo, una dificultad más profunda: hacer existir una voz propia en el espacio público a través de la palabra impresa. No se trata, entonces, de la ausencia de ideas ni de la inexistencia de actores identificados con ellas, sino de un conjunto de

factores que volvían incierta —y muchas veces imposible— su fijación en un soporte nodal para la cultura política anarquista como el periódico. Recordemos lo que plantea el historiador del anarquismo italiano Davide Turcato (2007, p. 411) al respecto: la prensa es «la institución más universal y visible de los movimientos anarquistas» y, en tanto, «un buen espejo» de esos movimientos.

Sin embargo, la debilidad de la prensa anarquista local no puede explicarse únicamente como un problema de desarrollo del movimiento, sino como el resultado de obstáculos políticos, sociales y culturales que limitaron su producción, circulación y, posteriormente, su preservación. Estas limitaciones permiten comprender los vacíos documentales que caracterizan al anarquismo boliviano, sintetizados en el concepto de «acervo ausente» (Margarucci, 2022b). La represión —aplicada a través de sucesivas leyes de imprenta y profundizada durante los gobiernos de Bautista Saavedra (1920-1925) y Hernando Siles (1925-1930)— supuso el sistemático secuestro policial de «libros, folletos, periódicos y correspondencia», decía *El Sembrador* de Iquique (21 de junio de 1924) (publicación con la que *La Antorcha* y el movimiento libertario paceño estaban conectados), que formaba parte constitutiva de ese proceso³.

Es en este punto donde la historia de este periódico en Bolivia adquiere sentido. Allí donde no había «una sola hoja anarquista», comenzaron a circular otras: las que llegaban, vía el noroeste argentino, desde una no tan lejana Buenos Aires. «Solamente con la distribución de periódicos se puede hacer algo», aun cuando esta se viera amenazada por «la censura o el secuestro en las oficinas postales» (*La Antorcha*, 3 de diciembre de 1926), aclaraba en su artículo Mantilla. Pero esas hojas no fueron simplemente leídas: fueron solicitadas, compartidas, discutidas y, sobre todo, utilizadas como herramientas de intervención política. De allí la necesidad, señalada en la introducción, de suspender el uso del periódico como «fuente» para explorarlo en su conjunto como artefacto. Así, en ausencia de periódicos locales, los trabajadores vinculados al anarquismo boliviano encontraron en *La Antorcha* algo más que un órgano extranjero. Encontraron un espacio de enunciación que hicieron propio.

En efecto, la larga y estrecha relación entre *La Antorcha* y el movimiento anarquista de La Paz —destino principal, aunque no exclusivo, del periódico y espacio de mayor concentración de la militancia libertaria en este periodo— no puede ser comprendida en términos de una mera

3 Para una contextualización más amplia del anarquismo en La Paz durante la década de 1920, véase Lehm y Rivera Cusicanqui (1988) y Rodríguez García (2010).

difusión de ideas desde un supuesto centro hacia la periferia. Más bien, lo que se observa es la articulación de una densa red transnacional, en la que circulación de materiales e intervención política se articularon en múltiples direcciones (Margarucci, 2023 y 2025).

Ya desde sus primeros años, *La Antorcha* manifestó la intención del Grupo para la Propaganda Internacional de proyectar su acción hacia distintos puntos del continente, incluyendo explícitamente a Bolivia dentro de un radio que abarcaba también a Chile, Perú, Paraguay y Brasil (*La Antorcha*, 16 de junio de 1922). Sin embargo, esta voluntad de expansión encontró rápidamente una contraparte en la demanda proveniente del propio espacio boliviano.

Las cartas enviadas por los militantes paceños, y en particular por el mecánico Luis Cusicanqui Durán, constituyen un punto de entrada privilegiado para comprender esta dinámica. En ellas no solo se informaba sobre la situación local, sino que se articulaba una estrategia que combinaba denuncia, organización y propaganda. La masacre de Uncía, perpetrada el 4 de junio de 1923, aparece en este intercambio como un acontecimiento central. Su denuncia temprana, acompañada incluso por el envío y la publicación en primera plana de un grabado que representaba la violencia estatal desplegada por el gobierno de Saavedra (*La Antorcha*, 5 de octubre de 1923), permitió proyectar el episodio más allá del ámbito local controlado por la censura y lo inscribió en el espacio de visibilidad transnacional que ofrecía *La Antorcha*. En este contexto, la aparición en septiembre de 1923 del Grupo de Propaganda Libertaria *La Antorcha* de La Paz —cuyo nombre hace suyo el del periódico porteño— se vinculó estrechamente con este proceso de articulación, revelando hasta qué punto estas publicaciones adquirirían sentido en las redes de propaganda y sociabilidad que contribuían a tejer.

A través de las cartas remitidas por Cusicanqui, en su carácter de secretario y en paralelo a la denuncia de la matanza minera, se daban a conocer los propósitos del grupo. En ellas se explicitaba la voluntad de intervenir en las «agitaciones» y en la «labor anárquica a desarrollar», al tiempo que se solicitaba de manera reiterada el envío de materiales impresos —«folletos, periódicos y hojas de propaganda en gran cantidad»— indispensables para sostener una tarea de «perseverante difusión idealista». La fuente señala, además, que números de *La Antorcha* que incluían «el cliché de la represión de Uncía» ya circulaban en Bolivia, hasta agotarse y motivar la solicitud de nuevos envíos (*La Antorcha*, 16 de noviembre de 1923), lo que constituye una evidencia concreta de su temprana difusión en Bolivia. Dirigidos a Luis Cusicanqui, estos materiales eran luego redistribuidos por el grupo, de modo que se configuraba gradualmente un circuito de

recepción y redistribución, con proyección tanto urbana como hacia otros espacios mineros y rurales (Margarucci, 2023).

A partir de entonces, el país vecino dejó de ser una referencia marginal para convertirse en un espacio recurrente en sus páginas. El periódico no solo informaba sobre los acontecimientos allí producidos, sino que acompañaba de cerca el proceso organizativo del movimiento libertario de La Paz. Esto incluía la formación de agrupaciones político-culturales como La Antorcha y, meses más tarde, Redención (*La Antorcha*, 1 de febrero de 1924), así como la reproducción de los primeros manifiestos elaborados por los trabajadores bolivianos. Entre ellos, el redactado por el primer grupo en junio de 1924, con motivo del aniversario de la masacre de Uncía, que burló la tenaz censura gubernamental al ser publicado en Buenos Aires (*La Antorcha*, 20 de junio de 1924).

La visibilización del naciente movimiento anarquista y la difusión de este tipo de manifiestos suscitaron una rápida reacción de las autoridades, traducida en un endurecimiento de la represión. En este contexto, *La Antorcha* caracterizó a Bolivia como «una tumba de trabajadores», en alusión a la detención y confinamiento de «nuestros hermanos» Luis Cusicanqui, Guillermo Palacios (secretario del grupo Redención) y Jacinto Centellas (*La Antorcha*, 3 de octubre de 1924). Además de informar y denunciar, el periódico orquestó una intensa campaña de solidaridad en la que se exaltaba la figura de Cusicanqui, reputado como del «indio aimara, de pura raza autóctona» (*La Antorcha*, 26 de septiembre de 1924), lo que integraba la experiencia boliviana a un repertorio más amplio de represión y lucha en América Latina.

Este proceso de visibilización no se limitó a la denuncia de episodios puntuales, sino que implicó una ampliación progresiva del conocimiento que *La Antorcha* construyó sobre Bolivia a partir de su vínculo con militantes y organizaciones locales. Desde 1925, el país deja de aparecer exclusivamente asociado a figuras como Cusicanqui o a acontecimientos como la masacre de Uncía, para dar lugar a una mirada más completa de su vida política. Así, se incorporan referencias sobre un violento conflicto ferroviario y la expansión de organizaciones obreras en La Paz, Oruro y Cochabamba, sintetizadas en la persistencia de un «riego rebelde» que, pese a la represión y las deportaciones, continuaba irrigando distintos puntos del territorio. De este modo, Bolivia comienza a ser pensada no solo como un espacio de violencia estatal y victimización, sino también como un escenario de rebeldía obrera, alimentada por «ideas de renovación o insurgencia social» que «trasponen [...] las más resguardadas fronteras» (*La Antorcha*, 26 de junio de 1925).

Es sobre la base de este conocimiento que *La Antorcha* consolidó su función como tribuna de denuncia, en especial en contextos de alta visibilidad política, como los festejos del Centenario de la Independencia en agosto de 1925. En esta coyuntura, el periódico reprodujo el «Mensaje de los anarquistas de Bolivia a los trabajadores de América» —enviado por la Agrupación Comunista Anárquica Sembrando Ideas, liderada por Nicolás Mantilla Ceballos—, en el que la celebración oficial era presentada como una «comedia burda» destinada a ocultar la persistencia de la represión y la explotación, ayer feudal, hoy capitalista (*La Antorcha*, 7 de agosto de 1925). Una copia del documento se conserva en el archivo privado de Mantilla, resguardado en el Archivo Luis Cusicanqui del Tambo Colectivo Ch'ixi de La Paz, lo que sugiere que el mensaje estaba dirigido a los trabajadores de América y, también, a los de Bolivia, y que probablemente fuera redactado por el propio sastre.

La denuncia buscaba contrarrestar la imagen de un pueblo integrado a los festejos e instalar una lectura crítica de esa realidad, atravesada por profundas desigualdades sociales y por la persistencia de formas de dominación heredadas del pasado colonial. En este y otros artículos publicados por *La Antorcha* a propósito del Centenario, la cuestión indígena ocupa un lugar destacado, abordada desde dos perspectivas: la denuncia de las condiciones de vida de las poblaciones aymaras y quechuas y los llamados a su incorporación en la lucha (*La Antorcha*, 14 de agosto de 1925), lo que evidencia una ampliación del horizonte del anarquismo —boliviano y porteño en su versión Antorchista—, en diálogo con debates más amplios producidos en el espacio andino. En este sentido, el vínculo entre *La Antorcha* y el movimiento anarquista de La Paz se fue cimentando en un proceso en el que la difusión de información resultó inseparable de la incorporación progresiva de voces procedentes de Bolivia, ya que reforzó el carácter polifónico y relacional de la prensa anarquista como espacio de propaganda colectiva.

Desde inicios de 1926, en el marco de una creciente actividad anarquista que culminaría en agosto de 1927 con la fundación de la Federación Obrera Local (FOL) de La Paz, advertimos un punto de inflexión: las páginas del periódico comenzaron a incluir con mayor frecuencia artículos, crónicas y cartas firmadas por corresponsales, tanto anónimos —como «Un rebelde» (tal vez el sastre Desiderio Osuna), «Corresponsal en La Paz» y «Corresponsal» (acaso Nicolás Mantilla) (*La Antorcha*, 16 de febrero de 1926, 15 de mayo de 1926 y 30 de septiembre de 1927)— como identificables, entre ellos el propio Mantilla (quien utilizaba el seudónimo o las iniciales de Manco Kapac), Renato Rocco Giansante (como Tomás Soria) y el chileno Armando Triviño, quien permaneció algunos meses en el país

(*La Antorcha*, 15 de mayo de 1926, 6 de septiembre de 1926, 6 de enero de 1928). A estas se suman corresponsalías colectivas firmadas por *Bandera Roja*, vocero de la Federación Obrera del Trabajo de La Paz en el que colaboraba Mantilla, y la Agrupación Anarquista Germinal (*La Antorcha*, 6 de septiembre de 1926 y 20 de mayo de 1927).

Paralelamente, en la lista de suscriptores del periódico aumentaban los nombres de origen boliviano: Santiago y Desiderio Osuna, compradores de libros distribuidos por *La Antorcha* (*La Antorcha*, 16 de abril de 1926 y 6 de agosto de 1926); el carpintero Carlos Calderón; «A. Canello» o «Canelo»; Mario Fortunatti (otro seudónimo de Giansante); y el Sindicato de Oficios Varios de Uyuni, Potosí, que recibían el periódico a cambio de una modesta suma de dinero (*La Antorcha*, 15 de mayo de 1926, 18 de febrero 1927, 20 de mayo de 1927 y 10 de mayo de 1930).

Las corresponsalías procedentes de Bolivia en *La Antorcha* no se limitan a ofrecer un panorama descriptivo, sino que construyen un registro coral donde se articulan distintos planos de la experiencia política y social. En ellas convergen análisis sobre la situación del movimiento anarquista —aun atravesado por la debilidad organizativa y la represión, aunque con apreciaciones más optimistas ante la fundación de agrupaciones político-culturales, organizaciones obreras y comités de solidaridad—, descripciones de las condiciones de vida y trabajo de artesanos, mineros y campesinos, junto con la reconstrucción de episodios de conflictividad que colocan en primer plano la resistencia obrera e indígena. En este contexto, la cuestión indígena emerge de modo recurrente, vinculada a arcaicas formas de explotación, pero también a nuevas modalidades de protesta, como la rebelión de Chayanta en agosto de 1927. Hacia finales la década, el énfasis se desplaza hacia una sostenida prédica antimilitarista, en un escenario de creciente tensión regional que anticipaba el conflicto con Paraguay en la Guerra del Chaco.

De este modo, *La Antorcha* devino un soporte escrito, publicado en Buenos Aires y distribuido allende los Andes, cuyas corresponsalías excedían la mera circulación de las «Noticias de Bolivia» en el exterior, para incidir en el ámbito local. Estas incorporaban exhortaciones a la organización obrera —como el llamado a los desempleados a concurrir al Comité de Desocupados citado por Manco Kapac a partir de un volante— (*La Antorcha*, 11 de mayo de 1928) y apelaciones a la unidad entre distintos sectores del mundo del trabajo, cuando el mismo corresponsal sostenía, tras una huelga en la Fábrica de Papeles y Cartones de La Paz, que «el obrero de los feudos mineros y el de los feudos urbanos no tienen otro camino que aunar sus fuerzas» (*La Antorcha*, 21 de septiembre de 1928). En la misma línea se inscriben las reflexiones sobre la necesidad de fortalecer

la organización y la propaganda —incluida, como reclamaba Tomás Soria, «la fundación de un periódico anarquista en Bolivia»— (*La Antorcha*, 7 de enero de 1927), así como las intervenciones polémicas frente a otras corrientes de izquierda, en las que Kapac y Soria cargaban, a modo de advertencia a los trabajadores, contra dos figuras del comunismo y el socialismo local: Carlos Mendoza Mamani y Tristán Marof (*La Antorcha*, 8 de abril de 1927 y 30 de septiembre de 1927).

Así, la función de estos artículos trascendía su circulación internacional e interpelaba el escenario interno. De este modo, lo publicado operaba simultáneamente en dos direcciones: hacia afuera, como parte de una red transnacional de difusión más amplia, y hacia adentro, como una herramienta de intervención política inserta en ese entramado de diálogos, controversias y articulaciones propio de la prensa anarquista, en el que propagar el ideal implicaba también traducirlo en acción.

En este sentido, Tomás Soria destacaba que «un periódico anarquista de la Argentina, o de cualquier otro país, para su difusión en medio de compañeros, es leído con avidez, comentado con interés» (*La Antorcha*, 7 de enero de 1927), lo que daba cuenta de su apropiación en los espacios militantes. Esta recepción contrasta en su relato con las limitaciones que enfrentaban las publicaciones locales, cuyo «efecto reducido» atribuía en el mismo artículo al escaso hábito de lectura y a las dificultades de distribución.

De este modo, si se considera que de los 7000 ejemplares que regularmente publicaba *La Antorcha*, alrededor de 1000 se distribuían al exterior (*La Antorcha*, 7 de octubre de 1927), es posible suponer que una proporción significativa de ellos llegaba desde Buenos Aires a Bolivia, a través del «espacio intermedio» constituido por el noroeste argentino (Tucumán, Santiago del Estero, Salta y Jujuy) (Saravia, 2015, 2016; Diz, 2018; Guzmán, 2021), donde el periódico contaba con militantes organizados y realizaba giras de propaganda periódicas. En el marco de este proceso, *La Antorcha* dejó de ser un órgano extranjero para convertirse en un espacio de enunciación apropiado por el movimiento anarquista paceño, lo que consolidó su papel como soporte que articulaba propaganda, lectura y discusión colectiva e intervención política.

Este proceso decantó, primero, en la organización de agrupaciones político-culturales como *La Antorcha* (reorganizada a mediados de 1927, como anuncian las páginas del periódico) (*La Antorcha*, 16 de septiembre de 1927) y, posteriormente, en la conformación de la FOL, cuya fundación fue registrada por el mismo periódico con apenas un mes de retraso, mientras que *La Protesta* de Buenos Aires dio la noticia más de un año

después (*La Antorcha*, 9 de septiembre de 1927; *La Protesta*, 7 de octubre de 1928).

Se iniciaba así, en un contexto de deterioro de la situación económica y social, una etapa de auge del anarquismo boliviano, alimentada —y a la vez expresada— por la tan reclamada publicación de periódicos propios: *Humanidad* (1927-1928) de La Paz, vocero de la FOL y continuador de *Bandera Roja*, y *La Tea* (1927-1928), «hoja» de la Agrupación de Propaganda Libertaria *La Antorcha*. No resulta casual que, todavía, en su compleja edición y distribución transnacional, intervinieran nombres y publicaciones que formaban parte de la red del antorchismo:

los redactores y correctores en La Paz, Tupiza (Tomás Soria) y Buenos Aires (César A. Balbuena y Rodolfo González Pacheco), el editor e impresor en General Pico, La Pampa, donde funcionaba la imprenta de *Pampa Libre* (Jesús Villarías) y los «intermediarios» que recibían por encomienda el periódico en Buenos Aires, Córdoba y La Quica, encargados a su vez de remitir de ocho a diez paquetes divididos por seguridad a Uyuni y La Paz [...]. Cusicanqui y Pablo Maráz eran los responsables de coordinar estos esfuerzos en la capital boliviana (Margarucci, 2022b, p. 92).

Decíamos al inicio de este apartado que la relación entre *La Antorcha* y Bolivia no puede pensarse en términos unidireccionales de difusión de ideas desde el centro hacia la periferia. Si los anarquistas bolivianos escribían para un lector a la vez transnacional y local, en julio de 1929, el director de *La Antorcha*, Rodolfo González Pacheco, se dirigía, en uno de sus tradicionales «Carteles» publicados en la primera plana del periódico, al público argentino, recuperando el tenaz ejemplo boliviano en clave continental que, como aquel, supo «trasponer las más resguardas fronteras»:

Compañeros de la Argentina: Bolivia es esas mujeres obreras, esos aimaras sufridos y ametrallados, esos pocos anarquistas amordazados, confinados o muertos salvajemente [...] Allí, como en las peonadas de nuestras pampas, en los proletarios de nuestros centros industriales, en los revolucionarios de esta tierra, germina el porvenir comunista anárquico de América (*La Antorcha*, 10 de julio de 1929).

Nuestra Tribuna o las vicisitudes de la voz femenina en la prensa

La recuperación y el estudio de las experiencias y producciones de las mujeres anarquistas en Argentina se desplegó en los años ochenta a partir del artículo de Maxine Molineux (1986) sobre el periódico *La Voz de la Mujer* (1896-1897). En los años siguientes los trabajos se multiplicaron a través de autoras que hoy se consideran pioneras de este aspecto del

movimiento libertario (Barrancos, 1990; Bellucci, 1990, Feijoó y Nari, 1994). Ellas señalaron que la idea de la emancipación de la mujer era central en el ideario anarquista y analizaron las tensiones que surgían con la aparición concreta de esa voz a partir de los periódicos que produjeron las anarquistas. Tal como demostraron aquellos trabajos pioneros y los que les sucedieron, esa emisión complejizó los lineamientos doctrinarios sobre las relaciones afectivas y sexuales, la vida familiar, la crianza y el trabajo doméstico; en suma, la propia formulación de la emancipación femenina.

En línea con la propuesta de la ya mencionada historiadora Joan W. Scott, se ha prestado mayor atención a la condición relacional e históricamente situada de la categoría de género. En ese sentido, tras aquella fundamental visibilización de la producción anarquista femenina, se apuntó a revisar las estructuras de poder en las que se construyen las identidades masculinas y femeninas para establecer así una perspectiva de género crítica que, más que sumar figuras femeninas a los relatos historiográficos, impulse una relectura del campo en su conjunto (Fernández Cordero, 2014). A su vez, en el último lustro se observa una creciente tendencia a extender la problematización hacia las masculinidades dentro del campo libertario (Manzoni, 2019; Teti, 2022; Godoy Sepúlveda, 2023; Cuadro, 2023).

Este apartado asume esa orientación teórica y metodológica para ofrecer una lectura de *La Antorcha* en la que se ejercite esa perspectiva crítica que ponga en foco tanto la presencia de la voz femenina como la relación con las firmas masculinas que aparecen como responsables de la publicación. Hasta el momento no se ha registrado fehacientemente la participación de una mujer en la producción del periódico, aunque es seguro que algunas compañeras asumieron tareas no reconocidas, como papeleo, traducción, tipeo, etc. La presencia de nombres femeninos aparece, como en muchos otros periódicos, a través de personalidades reconocidas y extranjeras, como, por ejemplo: Leda Rafanelli, Emma Goldman, Federica Montseny, Germaine Berton, Voltairine de Cleyre y Louise Michel. Más cercanas y todavía activas, se registra alguna nota de la chilena Angelina Arratia, la rosarina Luisa Lallana y en especial de la uruguaya María Álvarez, sobre quien volveremos. Esto no significa que el tema de la emancipación de la mujer y sus vicisitudes no estuvieran presentes: como en casi todo periódico anarquista, ese elemento central de la doctrina aparecía en notas, traducciones o viñetas con novedades y, aunque no fuera un tema dominante, se mantenía en cada número (Fernández Cordero, 2017a).

En una lectura aislada de *La Antorcha* se podría suponer que había una escasez de autoras locales o cercanas. Por esos años, *La Protesta*

presentaba un panorama similar: el grupo editor compuesto enteramente por nombres masculinos, algunas pocas firmas femeninas, notas doctrinarias sobre la emancipación de la mujer, reflexiones masculinas sobre la cuestión y denuncias sobre su subordinación o sobre las violencias que el capitalismo les infligía. Sin embargo, la exploración de otras publicaciones del concierto de voces libertarias permite llegar a otras conclusiones, como, por ejemplo, el quincenario anarquista *Ideas* editado en la ciudad de La Plata por un grupo del mismo nombre, entre 1917 y 1928, con Risto Stoianovich como administrador y en desacuerdo declarado con *La Protesta* (Marengo y Mazzoni, 2007). Sin entrar en ese conflicto, se privilegia el análisis de una sección del quincenario titulada «Colaboración femenina». Se trata de seis páginas en total que, entre 1921 y 1923, contienen varias notas de mujeres anarquistas de actuación local cuyas biografías aún no han sido debidamente reconstruidas: Irma C. Penovi Lützel Schwab, Demófila Gimeno, Sara Scheer, Esther Flores, Sofía Gutiérrez, Rosa Wladimirs-ky y Aurelia Mancebo, una niña de 13 años. En esas páginas también escribe Juana Rouco, una vida que conocemos en profundidad y sobre quien volveremos en breve.

Aun apenas mencionando sus nombres o hasta recuperando sus notas, habríamos cumplido con la necesaria visibilización de las mujeres en la historia, pero, tal como se mencionó, la orientación metodológica propuesta reclama una mirada relacional de las identidades de género (Scott, 1986). Es decir, se busca observar el modo en que esa voz femenina —habilitada sin dudas por una doctrina que aboga por su emancipación— dialoga con los hombres y los espacios masculinos. Y, viceversa, cómo los enunciadores masculinos toman la llamada «cuestión de la mujer» y, además, cómo se distribuye la palabra en las publicaciones anarquistas que no se denominan «de hombres», pese a su conformación exclusivamente masculina. Por ello, si bien el grupo de *Ideas* habilita un espacio de escritura, al mismo tiempo enmarca esa emisión en una página específica de «colaboración femenina». Así, cualquiera sea el tema sobre el que ellas escriben, su intervención es «femenina» y, además, dependiente de la voluntad de los responsables de la publicación, tal como deja claro este cierre de nota de alguien que firma como Flor de Ideal desde Necochea: «Hasta entonces espero que los compañeritos de la Agrupación “Ideas” continuarán publicando nuestras colaboraciones» (*Ideas*, 16 de enero de 1922).

Con «hasta entonces» quien firma como Flor de Ideal se refiere al momento en el que puedan concretar la idea que le propone a sus compañeras: «constituir un centro o agrupación de compañeras de afinidad y editar un periódico» (*Ideas*, 16 de enero de 1922). Si bien no es posible asegurar

que haya firmado con ese seudónimo (algo poco usual en esta autora), es probable que la iniciativa tuviera como responsable a Juana Rouco, quien, por entonces, estaba en Necochea intentando cumplir ese mismo proyecto con un grupo de mujeres de esa localidad portuaria del sudeste bonaerense, a donde había llegado mediante una gira de propaganda. De hecho, en su autobiografía recuerda aquel momento con un tono muy similar (Rouco, 1964). Tampoco es posible asegurar que se tratara de algún tipo de acuerdo estratégico, pero eso hace pensar la respuesta de Esther Rivarola quien desde la localidad bonaerense de Avellaneda afirmaba:

Compañera, Salud y Anarquía. Les escribo encantada de su iniciativa porque si bien es verdad que «Ideas» con la publicación de la sección femenina llena un vacío de mucho tiempo sentido, no tiene nunca para el mundo femenino el valor que tendría un periódico anarquista escrito y administrado por nosotras mismas, y al que las que no sepan escribir como no lo sé yo, habríamos de contribuir en diferentes formas, para su sostenimiento (*Ideas*, 1 de marzo de 1922).

Es significativo que ambas firmantes señalen que ya existe «nuestra prensa» y que valoren expresamente la «sección femenina». El recorrido por varias décadas de prensa anarquista nos permite suponer que esas aclaraciones responden a las suspicacias que despertaban este tipo de emprendimientos. Los periódicos dirigidos por mujeres, aun sin alinearse con el feminismo (ese movimiento a sus ojos burgués y sufragista), traía al concierto una diferencia (sexual) insoslayable y desafiante respecto a la humanidad universal que se intentaba liberar. En suma, tras esta estrategia de presentación, el proyecto se concretará hacia el mes de agosto del siguiente año en Necochea y con Juana Rouco como líder.

La biografía de esta figura central del anarquismo rioplatense concitó una fuerte atención en los últimos años, en parte debido al impulso de la visibilización audiovisual de su figura y la participación activa de sus nietas, Diana y Rut, quienes donaron el archivo personal de su abuela a la Biblioteca Nacional de Argentina. La vida de Rouco Buena fue objeto de revisión historiográfica a partir de los años ochenta a través de autoras de distintas generaciones como Graciela Sapriza, Dora Barrancos, Mabel Bellucci, Cristina Guzzo, Elsa Calzetta, Nadia Ledesma Prietto y Gisela Manzoni. Más recientemente y con la colaboración de su nieta Rut, se alcanzó lo que hasta ahora es la biografía más documentada, ya que en ella se recuperan diversos materiales (personales, periodísticos, fotográficos), en un intento de que la autobiografía de Rouco (1964) deje de ser la única y poco discutida fuente de información sobre su vida (Tarcus *et al.*, 2024). También comenzó a estudiarse su estadía en varias ciudades de Brasil (Robert y Ladeira, 2018).

María de la Concepción Juana Leona Vicenta Rouco, más conocida como Juana Rouco Buela, nació en Madrid en 1889. Migró junto a su madre a Buenos Aires, donde murió en 1969 tras una larga vida dedicada al anarquismo e incontables viajes por voluntad propagandística y persecución policial (Fernández Cordero, 2025). En 1922, sin mencionar en su autobiografía el antecedente de *La Voz de la Mujer* —el otro periódico escrito por mujeres en Buenos Aires (1896-97) y Rosario (1900)—, se erige como la directora de *Nuestra Tribuna. Quincenario femenino de ideas, arte, crítica y literatura* (en adelante) que saldrá desde Necochea, Tandil y Buenos Aires entre 1922 y 1925 con 39 números de cuatro páginas, un tamaño aproximado de 28 por 43 cm y un tiraje declarado de 4000 ejemplares (Barrancos, 1996; Fernández Cordero, 2017b)⁴.

Rouco no estaba sola: el grupo editor se completó con las necochenses Fidela Cuñado, Terencia Fernández y María Fernández (Alonso y Piedra, 2016). Además, sus páginas recogen las escrituras de mujeres que había conocido por sus giras de propaganda y sus viajes por deportación en varias ciudades del mundo. Las firmas provienen de localidades de todo el país y de otros países de América Latina y, como era esperable, varias de las mujeres que escribían acotadas en la voluntariosa página de «colaboración femenina» de *Ideas*, el periódico platense.

Tal como sucedió con *La Voz de la Mujer*, en cuyo segundo número las redactoras denunciaron una campaña en su contra por parte de algunos compañeros, *Nuestra Tribuna* también generó resistencias. Cualquier sospecha de feminismo debía ser contrarrestada con declaraciones explícitas en contra de ese movimiento y a favor de la lucha conjunta por la emancipación humana, algo con lo que cumplen las redactoras mediante frases repetidas en la tapa de todos sus números. Así y todo, en un momento, se produce la ruptura con los responsables de *La Protesta* caracterizados por las redactoras como «gentuza indecente», y por la cual deciden dejar de recibir dinero de suscripciones para ese periódico (*Nuestra Tribuna*, 1 de noviembre de 1924). Estas dinámicas no son novedosas en un concierto de voces atravesado por polémicas que podían llevar varios números y convocar gran cantidad de participantes.

Un uso acrítico del concepto de género, tal como sucede cuando funciona como un sinónimo de la categoría «mujer» podría llevar a la conclusión de que la ruptura tendría que ver con las tensiones mencionadas

4 Una copia en microfilm de la colección completa resguardada en el Instituto de Historia Social de Ámsterdam podía ser consultada en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI) desde 2004. En 2005 se publicó una edición facsimilar (Calzetta, 2005).

respecto de la presencia de las mujeres como emisoras en la prensa. Sin embargo, ni el género es una noción de reemplazo ni las identidades femeninas se agotan en esa definición. Es decir, las redactoras de *Nuestra Tribuna* no son solamente «mujeres», ni siquiera «mujeres en la prensa», son al mismo tiempo activas participantes del debate que por esos momentos agitaba al anarquismo de entreguerras. Tal como ha señalado Anapíos (2012), el grupo editor del periódico necocheño se reconocía abiertamente como cercano a los periódicos del antorchismo. Demos un giro más, ese encuadramiento tampoco era directo, algo que podemos constatar en una nota firmada por Juana Rouco, quien con ojo muy agudo detecta los efectos de los «personalismos» y llama a la «concordia anarquista» rechazando la calumnia y la violencia de ambos sectores (*Nuestra Tribuna*, 1 de septiembre de 1924). Escrita mucho más tarde, la autobiografía de la autora no da pistas ni sobre la confrontación ni sobre el acuerdo con ninguno de los dos periódicos, como si el paso del tiempo hubiera apaciguado la fuerza de aquel conflicto tan determinante en su momento.

Ahora bien, la decisión de ejercitar una perspectiva crítica del género que atienda a su condición relacional redirige nuestra atención al interlocutor masculino. Eso nos permite profundizar sobre el aparente alineamiento de *Nuestra Tribuna* con *La Antorcha*, algo que solo se torna evidente al realizar una lectura cruzada de los periódicos, un seguimiento número a número, tal como dictan otras premisas metodológicas asumidas en este trabajo.

Sin dudas, el acompañamiento es explícito en tanto *La Antorcha* recauda dinero para *Nuestra Tribuna* y lo incluye siempre en la lista de periódicos recibidos, y viceversa. Sin embargo, los diálogos no son indefinidamente estables y es así que verificamos que si al comienzo no parece haber respi-deces, la ocasión de la muerte inesperada de la joven militante uruguaya María Álvarez ofrece una gran oportunidad para ajustar la interpretación. Con varias notas firmadas por ella en el periódico porteño y fuera de todo marco «femenino», sin dudas Álvarez era una de las autoras elegidas para dar cuenta de la esperada participación de las mujeres en la prensa. No es posible sugerir algo más, a menos que se repare en una de las últimas notas de Juana Rouco, a pocos números del final del proyecto, cuando, ya en Buenos Aires, las decisiones recaían más sobre ella que sobre el grupo editor de los inicios.

La nota de Rouco señala que, en ocasión de la muerte de Álvarez, se publicó «una hipérbole efectista e hinchada de alabanzas», que entre otras afirmaciones aseguraba que «América jamás alumbró vida femenina más alta» (*Nuestra Tribuna*, 1 de agosto de 1925). Esto nos lleva a recorrer

los números previos de *La Antorcha* hasta encontrar la firma HGB, es decir, Horacio Badaraco, por entonces un importante referente del movimiento. El autor lamentaba el efecto que la muerte de Álvarez dejaba en el campo de la propaganda, un terreno que desde su perspectiva aparecía casi vacío y sin otras referentes valorables en la actividad (*La Antorcha*, 1 de mayo de 1925). La reconstrucción de la experiencia del grupo editor de Necochea y de la extensa red de mujeres con distinto grado de experiencia en la escritura de carácter público que participaron del periódico nos explican, en parte, la indignación que expresa Rouco. Reconocida por su carácter directo o duro (otra característica que no se suele resaltar de manera negativa en las personalidades masculinas), agrega que los compañeros «más ilustrados» [...] «están, unidos, unos y casados, otros, viviendo bajo el mismo techo con mujeres que, si algunas de ellas no son analfabetas, son generalmente inconscientes» (*Nuestra Tribuna*, 1 de agosto de 1925). Ese calificativo alcanzaba a las mujeres que no habían tenido contacto con el ideario anarquista y vivían atrapadas en su condición de esclava múltiple bajo la subordinación del político, el juez, patrón y el marido.

El cierre del ciclo de *Nuestra Tribuna* interrumpe el diálogo y la controversia se convierte en un monólogo que no tiene ningún atisbo de autocrítica. Al momento de conmemorar el primer aniversario del fallecimiento de la joven Álvarez, una nota de Eugenio Almada la describe de la siguiente manera: «Tenía talento y tenía alma. Qué diferente la suya a la vida de las demás mujeres! Hablaba poco» (*La Antorcha*, 2 de abril de 1926). Para entonces, *Nuestra Tribuna* había dejado de salir, acosada por la persecución policial y el regreso de Rouco a Buenos Aires. El cruce indirecto de opiniones entre Rouco y los redactores de las notas sobre Álvarez nos permiten conjeturar que no se trataba de una oposición a la participación de las mujeres —algo que el ideario dictaba y que los militantes animaban—, sino las características de esa participación. Ellas no hacían afirmaciones contrarias a la doctrina ni discutían los marcos generales, tampoco ofrecían una mirada radicalizada respecto de las relaciones sexoafectivas o la maternidad (al contrario), pero cuando tenían control de una publicación, su enunciación se complejizaba. Lejos de «hablar poco» o esperar la venia masculina de una página de colaboración específica, lograban multiplicar las emisiones, decidir la composición del periódico distribuyendo las voces de manera independiente, elegir autorías y traducirlas o parafrasearlas, establecer alianzas y, por sobre todo, ser libres de confrontar con los compañeros, una práctica indiscutida de la experiencia masculina.

Como intentamos demostrar, reponer el diálogo de las publicaciones, aunque en algunos casos ni siquiera fuera explícito, habilita

interpretaciones novedosas respecto a las lecturas aisladas. En esta oportunidad saca a los periódicos de su condición local para pensarlos como espacio de cruce entre voces que atraviesan los países, tal como se esperaba de una expresión emancipatoria internacionalista. Al mismo tiempo, permite discutir los prejuicios sobre las pequeñas localidades del mal llamado «interior» argentino, mucho más activas y complejas de lo que ofrece el panorama visto desde la capital del país y sus periódicos. Del mismo modo que atender a la condición relacional de las identidades de género y dar cuenta de su vínculo con el poder, convierte lo masculino y lo femenino en dimensiones construidas en torno a un diálogo polémico y dinámico, discutiendo así el esencialismo y la reducción de biografías diversas en un único factor que las explicaría por completo.

Conclusiones

Tras este recorrido por el mundo de la prensa de los años veinte, la imagen legendaria de Malatesta y su imprenta viajera cobra mayor relieve. La publicación de periódicos, revistas, libros y hojas sueltas acompañó durante décadas otras formas de intervención anarquista, incluso la acción directa, como en el caso de Severino Di Giovanni, quien continuó escribiendo, diagramando y publicando *Culmine* en medio de la persecución policial. Si algunas publicaciones no llegaban a un segundo número o se extinguieron a los pocos meses (como ocurrió en el caso del anarquismo boliviano), otras se sostuvieron durante años o incluso a lo largo del siglo XX, como *La Protesta*. Esta permanencia y sus disputas por la hegemonía dentro de la propaganda la convierten en una referencia ineludible que este artículo no pretende discutir. Sin embargo, propusimos que otra publicación igualmente relevante como *La Antorcha* merece ser estudiada por fuera de esa confrontación, a menudo simplificada como una disputa entre protestistas y antorchistas. Si bien ese conflicto fue central en los primeros años de la década del veinte, *La Antorcha* comenzó a suscitar interés por sí misma y es en esta línea en la que se inscribe este trabajo, aun cuando no busca cubrir la vacancia de un estudio de conjunto que el periódico todavía espera. En este sentido, la lectura número a número y su puesta en relación con otras publicaciones permiten advertir matices, tensiones y desplazamientos que contribuyen a otorgarle entidad propia y a complejizarla como objeto de estudio.

Nuestro objetivo de analizar *La Antorcha* con una perspectiva que combina las dimensiones transnacional, multiescalar y de género se ha cumplido a través del diálogo con Bolivia —en particular, su capital, La Paz— y con un periódico editado por mujeres en una pequeña localidad argentina. Desde este enfoque, nuestro objeto dejó de ser una fuente de

información para convertirse en un artefacto en sí mismo, un nudo de vínculos con anarquistas de otras regiones y con anarquistas cuyas experiencias cotidianas —en este caso, femeninas— complejizan la doctrina, aparentemente indiscutida, de la emancipación de la mujer. Algo similar harían los libertarios bolivianos, y también argentinos, al respecto de la cuestión indígena.

En ambos casos, se pone de relieve la agencia de actores históricamente subalternizados, cuyas intervenciones no solo tensionaron los marcos doctrinarios, sino también los modos de producción y circulación de la palabra impresa. A su vez, esta posibilidad permite visibilizar, en una escala transnacional, experiencias, actores y conflictos anclados en espacios locales, sin por ello disolver las tensiones y asimetrías que atravesaron tales vínculos. Para ello, como intentamos mostrar, es necesario afinar las herramientas metodológicas; de ahí la pertinencia de recurrir a los avances recientes en el campo de estudio de las revistas políticas y culturales.

En este último apartado, no se debe dejar de reflexionar sobre una condición previa que hace posible abordar la cultura de lo impreso en América Latina. Ya sea por vocación militante o por iniciativas de archivos desarrolladas a pesar de la indiferencia estatal, hoy se dispone de una gran cantidad de páginas de internet que repusieron aquel gran concierto de la prensa anarquista. Personas de renombre o voluntades anónimas sin ningún crédito preservaron y pusieron a disposición un volumen considerable de materiales que, gracias a las nuevas tecnologías, cuentan con un acceso casi inmediato. Esa facilidad debería traducirse, también, en una responsabilidad. No solo honrar ese trabajo, sino aprovechar al máximo los recursos disponibles. En este caso, si es posible poner en diálogo distintas publicaciones y descubrir el detalle de un entredicho o una disputa velada es porque se cuenta con herramientas que permiten buscar y acceder a colecciones completas y recorrerlas con una agilidad impensable para quienes investigaban, libreta de anotaciones en mano, en repositorios lejanos o en archivos privados abiertos a medias. Esa sí que es otra imagen tan legendaria como la de Malatesta en viaje con su máquina de imprimir ideas. Tal vez sea este, también, un objetivo del presente artículo: honrar esa otra forma de acción directa, practicada por innumerables personas que, con tanto entusiasmo, escribieron, editaron y llenaron sus bolsos de materiales para distribuirlos más allá de las fronteras nacionales. Y, finalmente, los preservaron como tesoros en los sitios web a través de los cuales se puede conocer más del anarquismo vital que se desplegó en nuestro continente.

En este último apartado, resulta necesario reflexionar sobre una condición previa que hace posible buena parte del trabajo actual sobre la

cultura impresa en América Latina. Ya sea por vocación militante o a partir de iniciativas archivísticas desarrolladas pese a la indiferencia estatal, hoy se dispone de un vasto conjunto de sitios web que han permitido reconstruir parte de aquel gran concierto de la prensa anarquista. Personas reconocidas o voluntades anónimas preservaron y pusieron a disposición un volumen considerable de materiales que, gracias a las tecnologías digitales, hoy pueden consultarse con relativa inmediatez. Esa accesibilidad también supone una responsabilidad: no solo reconocer ese trabajo, sino aprovechar críticamente los recursos que pone a disposición.

En este caso, el diálogo entre distintas publicaciones, así como la posibilidad de reconstruir controversias, intercambios o disputas soterradas, depende en gran medida de herramientas que permiten acceder a colecciones completas y recorrerlas con una agilidad impensable para quienes investigaban en repositorios distantes o archivos privados de acceso restringido. En ese sentido, este artículo busca también reconocer otra forma de acción directa: la de quienes escribieron, editaron y distribuyeron impresos más allá de las fronteras nacionales, pero también la de quienes, tiempo después, contribuyeron a su preservación y circulación digital, haciendo posible nuevas aproximaciones a ese anarquismo vital desplegado en el continente.

Desde esta perspectiva, los periódicos dejan de aparecer como soportes aislados para revelarse como espacios polifónicos y polémicos, cuya comprensión exige atender a las redes de circulación, intercambio y confrontación que les daban sentido.

Contribución de autoría

Ivanna Margarucci y Laura Fernández Cordero cumplieron con las fases de conceptualización, curación de datos, análisis de datos, investigación, metodología, redacción del borrador original, y redacción, revisión y edición.

Fuente de financiamiento

Ivanna Margarucci: FONDECYT Postdoctorado N.º 3230006, ANID, Chile.

Potenciales conflictos de interés

Ninguno.

Declaración de uso de IA

Las autoras declaran que en el presente manuscrito no emplearon ninguna IA generativa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso, A. C. y Piedra, P. A. (2016-2017). Las otras editoras del periódico anarquista *Nuestra Tribuna*. *Políticas de la Memoria*, (17), 270-303.
- Anapios, L. (2008). El anarquismo argentino en los años veinte: Tres momentos en el conflicto entre *La Protesta* y *La Antorcha*. *Papeles de Trabajo*, 2(3), 1-17.
- Anapios, L. (2011). Una promesa de folletos: El rol de la prensa en el movimiento anarquista en la Argentina (1890-1930). *A Contracorriente*, 8(2), 1-33.
- Anapios, L. (2012). *El movimiento anarquista en Buenos Aires durante el período de entreguerras*. [Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires].
- Artundo, P. M. (2010). Reflexiones en torno a un nuevo objeto de estudio: Las revistas. En *IX Congreso Argentino de Hispanistas*. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1028/ev.1028.pdf
- Barrancos, D. (1990). *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*. Contrapunto.
- Barrancos, D. (1996). Mujeres de «Nuestra Tribuna»: El difícil oficio de la diferencia. *Mora*, (2), 125-143.
- Bellucci, M. (1990). Anarquismo, sexualidad y emancipación femenina en Argentina alrededor del 900. *Nueva Sociedad*, (109), 148-157.
- Calzetta, E. (2005). *Nuestra Tribuna: Hojita del sentir anárquico femenino (1922-1925)*. Universidad Nacional del Sur.
- Cuadro Cawen, I. (2023). Los varones reaccionan: Masculinidades en el novecientos uruguayo. *Avances del Cesor*, 20(29).
- Delgado, V., Mailhe, A. y Rogers, G. (Coords.). (2014). *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (siglos XIX-XX)*. EdULP.
- Diz, E. (2018). El anarquismo en Salta: Una aproximación a *El Coya* (1924-1932). AméricaLee. <https://americalee.cedinci.org/files/original/54c6bb8c246df406181a3bb4af2f216b26b34a5c.pdf>
- Domínguez Rubio, L. (2018). *El anarquismo argentino. Bibliografía, hemerografía y fondos de archivo*. Libros de Anarres/CeDInCI.
- Feijó, M. y Nari, M. (1994). Imaginando las/los lectoras de *La Voz de la Mujer*. En L. Fletcher (comp.), *Cultura y mujeres en el siglo XIX* (pp. 276-284). Feminaria.
- Fernández, S. (2018). La historia regional y local y las escalas de investigación. *Quinto Sol*, 22(3), 1-51.
- Fernández Cordero, L. (2013). Un ejercicio de lectura sobre el concierto de la prensa anarquista. *AdVersuS*, (24), 69-91.

Fernández Cordero, L. (2014). Historiografía del anarquismo en Argentina. *A Contracorriente*, 11(3), 41-67.

Fernández Cordero, L. (2017a). *Amor y anarquismo*. Siglo XXI.

Fernández Cordero, L. (2017b). El periódico anarquista *Nuestra Tribuna*. *Anuario de Estudios Americanos*, 74, 267-293.

Fernández Cordero, L. (2025). Juana Rouco Buela: Revistas y periódicos para una biografía transnacional. *Pasado y Memoria*, (30), 32-52.

Fernández Cordero, L. (Ed.). (2022). *Hacer cosas con revistas. Publicaciones políticas y culturales del anarquismo a la nueva izquierda*. Tren en Movimiento.

Ferrer, C. (2004). *Cabezas de tormenta*. Anarres.

Godoy Sepúlveda, E. (2023). Masculinidad, paternidad / maternidad y crianza en el periódico *Vida Nueva*. *Americania*, (17), 148-176. <https://www.upo.es/revistas/index.php/americania/article/view/7521>

Guzmán, D. (2021). El problema del anarquismo en las provincias en los años 20. [Ponencia]. III Jornadas Internacionales de Historia de los/as Trabajadores/as y las Izquierdas. Buenos Aires.

Lehm, Z. y Rivera Cusicanqui, S. (1988). *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo*. THOA.

Litvak, L. (1995). La prensa anarquista (1880-1913). En B. Hofmann, P. J. i Tous y M. Tietz (eds.), *El anarquismo español y sus tradiciones culturales* (pp. 215-236). Vervuert.

Maíz, C. (2011). Las re(d)vistas latinoamericanas y las tramas culturales. *Cuadernos de CILHA*, 12(1), 73-88. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/cilha/article/view/4166>

Mangold, F. (2024). *La Antorcha* y su agitación en pueblos santafesinos. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, (24), 63-83.

Manzoni, G. (2019). Masculinidad hegemónica versus masculinidades anarquistas. Militarismo y antimilitarismo en los albores del siglo XX. II Congreso Internacional de Investigadorxs sobre Anarquismo(s). Montevideo.

Marengo Hecker, M. E. y Mazzoni, N. I. (2007). *Ideas de un horizonte libertario*. [Tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata]. <https://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/1927>

Margarucci, I. (2020). Repensando el anarquismo en América Latina. *Pro-historia*, (34), 251-280.

Margarucci, I. (2022a). El «anarquismo argentino» en la historiografía anarquista. De la construcción de una noción centralista a la ampliación de la escala geográfica. *Historia Regional*, (48), 1-25.

Margarucci, I. (2022b). Escribir la historia desde el acervo ausente. *Información, Cultura y Sociedad*, (46), 85-105.

Margarucci, I. (2023). «Siempre con la mirada hacia el proletariado internacional»: las agrupaciones de propaganda anarquista en La Paz, Bolivia, 1923-1926. *Páginas*, 15(38).

Margarucci, I. (2025). Anarquismos. En L. Claros (coord.), *Interpretar Bolivia. Trayectorias del pensamiento sociopolítico en el siglo XX* (pp. 17-71). Plural.

Margarucci, I. y Fernández Cordero, M. L. (2024). La consolidación de un campo historiográfico del anarquismo. *Avances del Cesor*, 21(31).

Migueláñez Martínez, M. (2018). *Más allá de las fronteras*. [Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid].

Molyneux, M. (1986). No God, No Boss, No Husband. *Latin American Perspectives*, 1, 119-145.

Patiño, R. (2012). Revistas literarias de vanguardia y crítica. *Mapocho*, (71), 13-30.

Pita González, A. y Grillo, M. del C. (2015). Una propuesta de análisis para el estudio de revistas culturales. *Relmecs*, 5(1). https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6669/pr.6669.pdf

Revel, J. (2015). *Juegos de escalas*. UNSAM Edita.

Rey, A. L. (2017). Periodismo y periodistas anarquistas en Buenos Aires a comienzos del siglo XX. *Improntas*, (4).

Roberti, A. y Ladeira, I. S. (2018). Vozes femininas do anarquismo na Argentina. *LexCult*, 2(2), 210-244.

Rodríguez García, H. (2010). *La choledad antiestatal. El anarcosindicalismo en el movimiento obrero boliviano (1912-1965)*. Libros de Anarres.

Rouco Buela, J. (1964). *Historia de un ideal vivido por una mujer*. Reconstruir.

Quesada, F. (1974). *La Protesta: Una longeva voz libertaria. Todo es Historia*, (82-83).

Saravia, J. (2015-2016). *El anarquismo en Tucumán*. (Folletos 1 y 2).

Sarlo, B. (1989). Intelectuales y revistas. *América*.

Scott, J. W. (1985). Agendas for radical history. *Radical History Review*, (36), 26-45.

Scott, J. W. (1986). Gender: A useful category of historical analysis. *American Historical Review*, 91(5), 1053-1075.

Suriano, J. (2001). *Anarquistas*. Manantial.

Tarcus, H. (2021). *Las revistas culturales latinoamericanas*. Tren en Movimiento.

Tarcus, H., Fernández Cordero, L. y Akselman Cardella, R. (2024). Rouco Buela, Juana. En *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas*. CeDInCI.

Teti, L. M. (2022). Masculinidades en el anarquismo en Montevideo. *Travesía*, 24(1), 51-80.

Turcato, D. (2007). Italian anarchism as a transnational movement. *International Review of Social History*, 52(3), 407-444.

Viu, A. (2019). *Materialidades de lo impreso*. Materiales Pesados.

Zaragoza, G. (1996). *Anarquismo argentino (1876-1902)*. Ediciones de la Torre.

Ivanna Margarucci es profesora y doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Académica de la Universidad de Tarapacá (Chile) y coordinadora del Programa de Investigación del Anarquismo del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI). Autora de artículos en revistas académicas y coautora del libro *Anarquismos en confluencia. Chile y Bolivia durante la primera mitad del siglo XX* (Ivanna Margarucci y Eduardo Godoy Sepúlveda, Eleuterio, 2018).

Laura Fernández Cordero es socióloga y doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET) con sede en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI). Autora del libro *Amor y anarquismo* (Siglo XXI, 2017) y coautora de *Vidas en lucha. Conversaciones* (Judith Butler, Virginia Cano y Laura Fernández Cordero, Katz, 2019).

Recibido: 17/9/25

Aceptado: 18/5/26